

PRESENTACIÓN DEL POETA EDUARDO GARCÍA

MANUEL GAHETE JURADO
Académico Numerario

Aunque la genética marca, y Eduardo asume con orgullo su nacionalidad española por ser hijo de españoles y llevar viviendo en España más de cuarenta años, también es cierto que haber nacido en Brasil y vivido allí los primeros siete años de su vida deja una impronta capital que probablemente tenga algo que ver con el pensamiento repetido –Hölderlin, Baudelaire, Rilke– de que la verdadera patria del hombre es la infancia. Y quiérase o no este sentir se evidencia en la manera de ser y estar del poeta. De cualquier manera, le quedaban todavía algunos años de infancia en la tumultuosa Madrid, donde también pasó su adolescencia y culminó la licenciatura de Filosofía en la especialidad de Estética, hasta que la profesión y el amor lo afincaron y retuvieron consecutivamente en esta noble y habitable ciudad de Córdoba que, como todas las ciudades, también tiene sus agujeros negros, su sesgo irrespirable.

Vive de la filosofía, de impartir Filosofía –me refiero– porque lo otro es una utopía inmemorable, lo que, en una época como esta debe ser, por lo menos, una aventura épica. Pero entiendo que a los enamorados de la disciplina –sin duda seres especiales, al menos los que tengo el gusto de conocer–, el amor por la sabiduría es una atracción fatal e irreductible. Por mi propia experiencia puedo declarar que el filósofo tiene mucho de místico o antimístico, porque en definitiva los contrarios conforman la identidad de la esencia. No habría bondad de no existir maldad que nos permitiera medir los límites. Y en esa correlación casi inexcusable mucho de artista y, quintaesenciando, como advertía Unamuno, de poeta. Fue el crítico romántico Friedrich Schlegel quien escribió uno de mis libros de cabecera *Poesía y filosofía*, tal vez un poco irracional porque la romantización del mundo tiene poco que ver con la realidad que nos engloba, donde la reflexión que tiende a comprender la necesidad de los otros se ha convertido en una hipertrofiada autoconciencia que, por mor de la ironía, nos aboca al descreimiento y el nihilismo.

Nunca me gustaron los fanatismos. La hiperbolización del subjetivismo llevó a Schlegel a la asunción de un catolicismo exacerbado, a la mutación de poesía y filosofía en filosofía y religión, cuando no pudo soportar haber postulado el sincretismo correcto: la armonía de los contrastes, la adecuación de lo clásico y lo moderno, lo subjetivo y lo objetivo. Porque sí lo sabía y lo dejó escrito en letras de oro: “De aquello que quieren los modernos se debe aprender en qué ha de convertirse la poesía; de aquello que hacen los antiguos, qué tiene que ser”. No me extraña que finalmente este conflicto lo llevara a demarrarse de todo y de todos.

He hablado en algunas ocasiones con Eduardo García de este espinoso tema porque él es un facundo sabio que aprecia el gusto del lenguaje y aprecia la relajación de una tensa tertulia, sea literaria o no, sobre el tutilimundi del mundo, valga la consciente redundancia, lo que en general no puede aplicarse a tantos sabios como dicen ser.

Eduardo García es filósofo, profesor, ensayista y, sobre todo, poeta, lo que dejaremos para culminar esta escueta presentación, dado que hoy y ahora viene a mostrarnos y demostrarnos los valores de su obra poética. Como afirmo y, en paralelo a su obra de creación, Eduardo no ha temido reflexionar sobre el curioso fenómeno poético en dos aleccionadores ensayos *Escribir un poema* y *Una poética del límite*. Siempre didáctico, en este último desarrolla su particular posición estética, perfilando una interpretación de la poesía actual a la luz de la tradición romántico-simbolista, el pensamiento contemporáneo y el psicoanálisis. En la búsqueda de la simbiosis entre poesía y pensamiento ha publicado *Las islas sumergidas*, su primer libro de aforismos, por esa razón envolvente e incesante de develar las causas de las cosas que caracteriza a los pensadores. Columnista, editor, crítico, traductor, conferenciante y profesor de talleres de poesía y cursos de escritura creativa, coordinó el homenaje al poeta Pablo García Baena, celebrado en las ciudades de Córdoba y Málaga en el año 2003, y dirigió posteriormente la publicación del volumen conmemorativo *Casi un centenario. Homenaje a Pablo García Baena*.

Eduardo García ha velado siempre porque su palabra poética, cuidada y depurada, asumiera el artificio estético sin olvidar el rēspice de la emoción. Quienes lo leemos somos conscientes de que su obra poética se encuentra en permanente evolución. En sus primeros libros [*Las cartas marcadas* de 1995, premio «Ciudad de Leganés» y mención especial del jurado del «Premio Anthropos de Poesía»; *No se trata de un juego*, 1998, Premio «Ojo Crítico» de Radio Nacional de España y Premio Hispanoamericano de Poesía «Juan Ramón Jiménez»; y *Horizonte o frontera*, 2003, premio internacional de poesía «Antonio Machado en Baeza»] cultiva el "realismo visionario", concepto que desplaza para la poesía desde el ámbito fértil de la narrativa hispanoamericana, en una peculiar fusión de los géneros lírico y fantástico, donde los poemas se desgranán, plagados de simbologías, en el ambiguo y fronterizo espacio que aduna realidad e imaginación.

A partir de *Refutación de la elegía* (2006) su poesía se interna más a fondo en el territorio de lo onírico. Desarrolla entonces una lírica vitalista de exaltación de las fuerzas del deseo. La ensoñación gana terreno en sus poemas así como el cultivo de formas poéticas más extremas: de un lado el versículo; de otro, la fragmentación del discurso.

En su obra de 2008, *La vida nueva* [Premio «Fray Luis de León» y Premio Nacional de la Crítica], conjuga una pluralidad de registros poéticos acordes con diferentes estados de conciencia.

Estableciendo puentes entre la brevedad lírica y la prosa poética, con *Duermevela*, premio internacional Ciudad de Melilla 2014, Eduardo García nos sumerge, con su habitual carga conceptual y visionaria, en un espacio privativo que domina con destreza. Buceando en los sentimientos comunes, en las habituales maneras de existir, en el diálogo cíclico de los días y las horas, el poeta construye, a veces con nociones

subliminales que escapan a las miradas de los gentiles, un universo atrayente, conmovedor, palpitante, que tiembla entre la repulsión y la ternura, entre el desarraigo y la necesidad de caricia, entre lo esencial y lo accesorio. El contraste entre el desbordamiento verbal y la sencillez eléctrica provocan cierto desasosiego, y tal vez sea esto lo que pretenda el poeta, ese escalofrío que intenta atemperarse en el poema postrero de implícita intensidad y nos permite apostar por el valor que oscila entre lo relativo y lo absoluto, lo efímero y lo eterno.